

Roma, 10-16 de enero de 2007

ENCUENTRO “AYUDA A COHERMANOS EN DIFICULTAD”

Homilía Eucaristía inicial

Miércoles, 10 de enero de 2007

Lecturas: Hb 2,14-18; Mc 1,29-39

Hermanos:

Sed bienvenidos a la ciudad de Roma, a esta casa de las Hijas de la Caridad que nos acoge, a este encuentro de mutua fraternidad y de especial servicio a la Congregación, a la celebración de la Eucaristía. Gracias por vuestra presencia y participación.

A nosotros, sacerdotes, la palabra de Dios hoy nos presenta a Jesucristo como sacerdote, como “el único sumo sacerdote”. Tres rasgos definen su sacerdocio.

1. Jesucristo, sumo sacerdote, es el **hermano** de los hombres. En efecto, siendo hijo de Dios, también Jesús participa “de nuestra carne y nuestra sangre”. Para ser nuestro sacerdote, “tenía que parecerse en todo a sus hermanos”; tenía que ser de nuestra misma familia. ¿Es posible ser sacerdote y no ser hermano, ser sacerdote y no escuchar con atención las esperanzas de los hermanos, ser sacerdote y apagar el grito la sangre hermana? Juan Pablo II nos recordó la vocación fraterna y sacerdotal de la Iglesia al decirnos que “**el hombre es el camino de la Iglesia**” (RH 14). Es el mismo camino que San Vicente recorrió y por el que se lamentaba con dolor al volver a París después de haberse gastado en las misiones.

2. Jesucristo, sumo sacerdote, es **compasivo**. Las personas, si de alguien esperan compasión y misericordia, es del sacerdote; las esperan de nosotros. La compasión, la comprensión, la generosidad, el perdón, la afabilidad, las entrañas de misericordia son la fuente de nuestra misión de sacerdotes. ¿De qué sirve toda nuestra actividad apostólica si las personas, en su encuentro con nosotros como sacerdotes, no se sienten liberadas y llenas de esperanza, si no sienten que su vida puede cambiar y llenarse de luz? Jesucristo, sumo sacerdote, siendo compasivo y fiel a Dios es “**como expió los pecados del pueblo**”. Nuestras Constituciones, al describir nuestra actividad apostólica, nos invitan con claridad a caminar en esta dirección recordándonos que “la caridad de Cristo que se compadece de la

muchedumbre es la fuente de toda nuestra actividad apostólica y nos impulsa “a hacer efectivo el Evangelio” (C. 11).

3. Jesucristo, sumo sacerdote, es el que **ha pasado por la prueba del dolor**. La prueba y el misterio del dolor, a veces, nos hacen levantar un grito de protesta hacia Dios y reclamarle su actuación salvadora. La experiencia personal de la prueba, sin embargo, también es una ocasión para casi tocar el misterio del Dios silencioso, ausente y misteriosamente presente, para acercarnos más profundamente al misterio de nuestro propio ser humano y, sobre todo, para solidarizarnos más intensamente con el dolor del prójimo. ¿Cómo acercarnos al herido por la vida, al consumido por la enfermedad, al cohermano desalentado en su vocación, al quemado por la vida comunitaria o por el ministerio? Quizás sólo podamos acercarnos desde el silencio, estrechando nuestra mano con la suya, nuestro corazón al suyo, sabiendo que cualquier palabra resulta vacía cuando la prueba es grande. Quizás sólo nuestro silencio solidario, signo exterior de nuestra experiencia personal de “la prueba del dolor”, es él único auxilio que puede aliviar al hermano herido. Como sumo sacerdote, Jesús ha pasado por la prueba del dolor y así **puede auxiliar a los que ahora pasan por ella**. Nuestro servicio de sacerdotes sólo será capaz de auxiliar a los hermanos heridos si nosotros mismos hemos pasado, vivido con entereza cristiana y sabemos bien qué significa el dolor y la prueba.

4. Aquí, en Roma, sumo sacerdote suena especialmente a “sumo pontífice”. En la antigua Roma, pontífice (pons - facere) era el funcionario que tenía a su cuidado y vigilaba el puente sobre el río Tíber; era, pues, el que “hacía de puente” entre las dos orillas del río, el que posibilitaba la comunicación entre el corazón de la ciudad y quienes vivían en los barrios periféricos y, al mismo tiempo, el que, en tiempo de peligro, protegía la ciudad defendiendo el puente de las manos de los enemigos. Este significado original, que luego se transformó en sentido religioso, hoy encierra para nosotros un sentido y una invitación especial. Somos llamados a “ser pontífices”: a tender, en todo momento, puentes hacia nuestros hermanos, hacia quienes hoy viven en los márgenes de nuestra Congregación o, por distintos motivos, se han ausentado de ella y, al mismo tiempo, a defender la vida pacífica de nuestra ciudad, de nuestra Congregación.